

análogas, de todas suertes, Francisco I se determinó á llamar las fuerzas de que disponía del otro lado de los montes, y á ver acercarse al enemigo; pues bien pudo imaginar, en contra de todo lo expuesto, que encontrándose en su casa, entre sus amigos y vasallos, no podía menos de recabar ventajas grandes; los ríos y los caminos á su disposición, conduciríanle viveres y recursos con seguridad cabal y sin necesidad de escoltas; que tendría á sus súbditos tanto más á su albedrío, cuanto que ellos verían el peligro más de cerca; que disponiendo de tantas ciudades y murallas para su albergue y defensa, no estaba sino en su mano conducir el orden de combate según lo creyera más oportuno ó ventajoso; y si le venía en ganas contemporizar, al abrigo y cómodamente podría ver enfriarse al enemigo y perder fuerzas por sí mismo, á causa de las dificultades que encontraría luchando en tierra extraña, en la que no tendría delante, ni tras él, ni á su lado, nada que no le fuese adverso, al par que no acariciaría la ventaja de refrescar ó ensanchar su ejército si las enfermedades le atacaban, ni tampoco podría poner en salvo sus heridos; ni recursos ni otros viveres poseería que los que á punta de lanza se procurara, ni espacio para descansar y tomar aliento, ni conocimiento de los lugares ni del país, que pudiera defenderle de las sorpresas y emboscadas; y por último, si salía perdiendo en alguna batalla, tampoco dispondría de medios para salvar los despojos. Para adoptar uno ú otro partido, presentábanse razones sobradas.

Escipión optó por ir á sitiar las tierras de su enemigo al África mejor que defender las suyas y combatirle en Italia, donde se encontraba, con lo cual salió ganancioso. Anibal, por el contrario, se arruinó en esa misma guerra por haber abandonado la conquista de un país extranjero y preferido defender el suyo. Habiendo los atenienses dejado al enemigo en sus tierras para dirigirse á Sicilia, tuvieron la fortuna contraria; pero Agátocles, rey de Siracusa, la tuvo de su parte cuando pasó al África y dejó sus Estados ardiendo en guerra.

Así acostumbramos á decir con razón sobrada que los acontecimientos y el desenlace de los mismos dependen en las cosas de la guerra, principalmente de la fortuna, la cual se opone á plegarse á nuestra prudencia y á nuestras reflexiones, como rezan los versos siguientes:

Et male consultis pretium est; prudentia fallax  
Nec fortuna probat causas, sequiturque merentes,  
Sed vaga per cunctos nullo discrimine fertur.  
Scilicet est aliud, quod nos cogatque regatque  
Majus, et in proprias ducat mortalia leges <sup>1</sup>.

1. A veces la imprudencia triunfa y la mesura nos engaña; con frecuencia la fortuna no brinda con sus favores á los más dignos; diosa inconstante revoltea aquí y allá á tenor de sus caprichos. La causa de ello es que existe un poder superior que nos domina, del cual dependen todas las criaturas. MANILIO, IV. 95.

Y bien mirado, diríase que nuestras deliberaciones y consejos dependen igualmente de la fortuna, la cual con su fuerza é incertidumbre arrastra también nuestro juicio. «Razonamos temeraria y casualmente, dice Timeo en un diálogo de Platón, porque, como nosotros, nuestros juicios participan grandemente del acaso.»

## CAPÍTULO XLVIII

## DE LOS CABALLOS DE COMBATE

Heme aquí convertido en gramático, yo que nunca aprendí las lenguas sino por rutina, y que ignoro á estas horas lo que sean subjuntivo, adjetivo y ablativo. Parece haber oído decir que los romanos tenían unos caballos, á los cuales llamaban *funales* ó *dextrarios*, que conducían con la diestra ó guardaban en lugares de relevo para servirse de ellos en caso necesario; de aquí proviene que nosotros llamemos *dextriers* á los caballos de servicio, y el que nuestros viejos autores digan ordinariamente *adestrer* por acompañar. Llamaban también los antiguos *desultorios equos* á dos caballos que estaban educados de tal suerte, que corriendo á todo galope y yendo á la par, sin brida ni silla, los caballeros romanos, aun encontrándose armados, se arrojaban y volvían á arrojar de uno en otro en medio de la carrera. Los jinetes nómadas llevaban á la mano un segundo caballo para cambiar en lo más rudo de la pelea: *quibus, desultorum in modum, binos trahentibus equos, inter acerrimam saepe pugnam, in recentem equum, ex fesso, armatis transsultare mos erat: tanta velocitas ipsis, tamque docile equorum genus!* Hanse visto muchos corceles enseñados á socorrer á sus amos, ir derechos hacia quien les presentaba una espada desnuda y arrojar sobre él á bocados y á coces; pero acontece con frecuencia que ocasionan mayor daño que provecho á quien tratan de defender, pues no pudiéndolos abandonar fácilmente, una vez desbocados, el jinete queda entregado á las fuerzas del animal. Tal desgracia aconteció á Artibio, general del ejército persa, en un combate contra Onesilo, rey de Salamina, en que ambos sostuvieron la lucha de hombre á hombre; montaba el primero un caballo educado en aquella escuela, que fué causa de su muerte, pues el escudero de Onesilo dió un guadañazo en las espaldas á Artibio, que le derribó por tierra, de encabritado como estaba su caballo. Y lo que los italianos cuentan de que en

1. Como aquellos de nuestros jinetes que saltan de un caballo á otro, los nómadas acostumbraban á llevar dos corceles; completamente armados, en lo más recio del combate, se lanzaban del animal cansado al de refresco. ¡Tan grandes eran su agilidad y la docilidad de sus caballos! TRO Livio, XXIII, 29.

la batalla de Fornovo el caballo del rey Carlos le salvó la vida dando coces contra los enemigos que le asediaban, caso de ser cierto, fué un gran azar. Los mamelucos se vanaglorian de poseer los caballos de guerra más diestros del mundo, los cuales por naturaleza y por educación están hechos á conocer y distinguir al enemigo, sobre el cual es necesario que se precipiten con furia, á coces y mordiscos, según la voz ó seña que se les hace, y también á coger con la boca los dardos y lanzas en medio de la pelea y ofrecérselos á sus amos cuando éstos se lo ordenan. Dicen de César y también del gran Pompeyo, que además de las otras excelentes cualidades que les adornaban, eran muy buenos jinetes; y del primero, que cuando joven, montaba de espaldas un caballo sin brida, haciéndole tomar carrera con las manos atrás. Como la naturaleza quiso hacer de César y Alejandro dos milagros en el arte militar, diríase que se esforzó también en armarlos de un modo singular, pues todos sabemos de Bucéfalo, el caballo de Alejandro, que tenía la cabeza semejante á la de un toro; que no se dejaba montar por otro que no fuera su amo, ni tampoco permitió nunca ser educado por otro; que fué honrado después de su muerte, y que se edificó una ciudad que llevó su nombre. César tenía también un corcel cuyas manos eran como los pies de una persona y el casco cortado en forma de dedos; tampoco pudo montarlo ni educarlo nadie sino César, el cual dedicó su estatua, después de su muerte, á la diosa Venus.

Cuando yo monto á caballo echo pie á tierra mal de mi grado, pues es la posición en que me siento mejor, así cuando estoy sano como encontrándome enfermo. Platón recomienda el cabalgar para la salud, y Plinio dice que es provechoso para el estómago y las articulaciones. Pero prosigamos, puesto que de ello estamos hablando.

En Jenofonte se lee una ley que prohibía viajar á pie á quien tuviera caballo. Trogo y Justino cuentan que los partos acostumbraban á hacer á caballo, no ya sólo la guerra, sino también todos sus negocios privados y públicos: comerciar, parlamentar, conversar é ir de paseo; y añádese que la distinción capital entre siervos y hombres libres consistía en que los unos cabalgaban y los otros iban á pie, costumbre que databa desde la época de Ciro.

Hay varios ejemplos en la historia romana (Suetonio los señala más concretamente que César) de capitanes que ordenaban á sus gentes de á caballo echar pie á tierra cuando se veían acometidos, para quitar así á los soldados toda ocasión de huir, y también por la ventaja que esperaban en esta clase de combate: *quo, haud dubie, superat Romanus*<sup>1</sup>, dice Tito Livio. De tal suerte que la primera medida

1. En el cual, sin ningún género de duda, sobresalían los romanos. TITO LIVIO, IX, 22.

que tomaban para reprimir la rebelión de los pueblos nuevamente conquistados era despojarlos de armamentos y caballos; por eso vemos en César: *arma proferri, jumenta produci, obsides dari jubet*<sup>1</sup>. El sultán de Turquía no consiente hoy ni á cristiano ni á judío tener caballo en toda la extensión de su imperio.

Nuestros antepasados, principalmente en la época de la guerra contra los ingleses, luchaban á pie casi siempre en los combates solemnes para no confiar más que á su propia fuerza y vigor cosas tan caras como el honor y la vida. Diga lo que quiera Crisantes en Jenofonte, el jinete une su fortuna á la de su caballo; las heridas de éste y su muerte influyen en el soldado; el horror ó la fogsidad del animal os hacen cobarde ó temerario. Si el caballo es insensible á la brida ó á la espuela, vuestro honor pagará la falta del corcel. Por esta razón no considero extraño que aquellos encuentros á pie firme fuesen más vigorosos y más furiosos que los que se verifican á caballo:

Cædebant pariter, pariterque ruebant  
Victores victique; necque his fuga nota, neque illis<sup>2</sup>;

el triunfo que se alcanzaba era con mayor encarnizamiento disputado, mientras que hoy no vemos más que caminatas militares *primus clamor atque impetus rem decernit*<sup>3</sup>. Pues que en los combates lo encomendamos todo al caso, debiera procurarse que el triunfo dependiera más bien de nuestro poderío y de nuestra voluntad; yo aconsejaría que se eligieran las armas más cortas y manejables. Mejor puede defenderse el combatiente con una espada que empuña que con la bala que escapa de su arcabuz; en el mecanismo de éste entran la pólvora, la piedra y la rueda; si cualquiera de estas cosas falla, peligrará la fortuna del guerrero. Mal puede asegurarse el golpe cuyo solo vehículo es el aire:

Et, quo ferre velint, permittere vulnera ventis:  
Ensis habet vires; et gens quæcumque virorum est,  
Bella gerit gladiis<sup>4</sup>.

En cuanto al arma de que acabo de hablar, insistiré con mayor amplitud en el pasaje en que establezca la comparación de los pertrechos de guerra que usaron los antiguos con los que nosotros empleamos; salvo el estruendo que producen, al cual todos ya están habituados, creo que el arcabuz es de escaso efecto, y entiendo que no está lejos el día

1. Ordena que se haga entrega de las armas, caballos y rehenes. *De Bello Gallico*, VII, 11.

2. Nadie pensaba en huir; vencedores y vencidos avanzaban, combatían, herían y morían juntos. VIRGILIO, *Enéida*, X, 756.

3. Los primeros gritos y la arremetida primera deciden la victoria. TITO LIVIO, XXV, 41.

4. Cuando se encomienda á los vientos el cuidado de encaminar los disparos. La espada es la fuerza del soldado; todos los pueblos guerreros combaten con ella. LUCANO, VIII, 384.

en que se abandone su uso. El arma de que los italianos se servían, que era de fuego y arrojadiza, producía un efecto más seguro; llamábanla falárica, y consistía en una especie de javalina, armada por uno de sus extremos de un hierro de tres pies de largo, con el cual se podía atravesar á un hombre armado de parte á parte, y se lanzaba unas veces con la mano, otras con una máquina de guerra para defender los lugares sitiados. La madera á que el hierro estaba sujeto hallábase rodeada de estopa, embandernada de pez y empapada en aceite, que con la carrera se inflamaba, y quedaba sujeta al cuerpo ó al escudo del enemigo privándole de todo movimiento. De todos modos se me figura que la falárica ocasionaría perjuicios á los sitiadores, y que estando el campo sembrado de estos troncos encendidos, podía producir en la lucha perjuicios comunes:

Magnum stridens contorta phalarica venit,  
Fulminis acta modo <sup>1</sup>.

Contaban también los romanos con otros medios de guerrear, á los cuales la costumbre los hacía aptos, que á nosotros nos parecen increíbles por la inexperiencia que de ellos tenemos, y con los que suplían la falta de nuestra pólvora y nuestras balas. Manejaban las javalinas con fuerza tal, que á veces enfilaban dos escudos con sus hombres armados, y los cosían el uno al otro. Los disparos de sus hondas, no eran menos certeros, aun á gran distancia: *saxis globosis... funda, mare apertum incessentes... coronas modici circuli, magno ex intervallo loci, assueti trajicere, non capita modo hostium vulnerabant, sed quem locum destinassent* <sup>2</sup>. Sus máquinas de guerra ofrecían el aspecto de las nuestras y producían el mismo estrépito: *ad iectus mœnium cum terribili sonitu editos, pavor et trepidatio cepit* <sup>3</sup>. Los galos, nuestros parientes cercanos en el Asia menor, odiaban estas armas traidoras y volanderas, hechos como se encontraban á combatir mano á mano, con mayor brío. *Non tam parentibus plagis moventur... ubi latior quam altior plaga est, etiam gloriosius se pugnare putant; iidem, quum aculeus sagittæ, aut glandis abditæ introrsus tenui vulnere in speciem urit... tum, in rabiem et pudorem tam parvæ perimentis pestis versi, prosterunt corpora humi* <sup>4</sup>; pintura semejante á la de un arca-

1. Semejante al rayo la falárica hendía el aire produciendo un terrible silbido. VIRGILIO, *Eneida*, IX, 703.

2. Acostumbrados á arrojar al mar las redondeadas piedras de sus riberas, y á lanzar proyectiles desde una gran distancia á un círculo reducido, herían á sus enemigos no sólo en la cabeza, sino en el sitio del semblante que les placía. TITO LIVIO, XXXVIII, 5.

3. Al trepidar de las murallas, ante las cuales la metralla choca con atronador estruendo, el desorden y el pavor se apoderan de los sitiados. TITO LIVIO, XXXVIII, 5.

4. No les asusta la amplitud de las heridas. Cuando éstas son más anchas que profundas glorificanse como de una muestra de valor; pero si la punta de

tuzazo. Los Diez Mil en su retirada prolongada y famosa, encontraron un pueblo que los causó daños considerables, sirviéndose de arcos grandes y resistentes, y de flechas tan largas, que aun con la mano podían arrojarse, á manera de dardos, y atravesar de parte á parte un escudo y un hombre armado. Las máquinas de guerra que Dionisio inventó en Siracusa, que servían para lanzar gruesos macizos y piedras de tamaño enorme con impetu formidable, representan, ó eran ya semejantes á nuestros recientes inventos.

No hay que echar tampoco en olvido la graciosa postura que guardaba en su mula un señor Pedro Pol, doctor en teología, de quien cuenta Monstrelet que acostumbraba á pasearse por la ciudad de París sentado de lado, como las mujeres. En otro pasaje refiere el mismo escritor que los gascones tenían unos caballos terribles acostumbrados á dar la vuelta en redondo yendo al trote, lo cual admiraban sobremanera los franceses, picardos, flamencos y brabantinos, « porque no tenían costumbre de verlos », según rezan las palabras de Monstrelet. César dice hablando de los suecos: « En los encuentros á caballo echan con frecuencia pie á tierra para combatir mejor; habiendo acostumbrado á los caballos á no moverse del lugar en que los dejan, recurren luego á ellos en caso de necesidad; conforme á la manera de guerrear de estos pueblos, nada hay tan villano ni cobarde como el uso de sillas y armaduras para los corceles, de tal suerte desdeñan á los que las usan; con hábitos semejantes, aun siendo pocos en número, atacan al enemigo por numeroso que sea. » Lo que yo he admirado en otro tiempo de ver un caballo hecho á manejarse á todas manos con una varilla, sin el auxilio de la brida, era usanza ordinaria de los masilianos, que se servían también de sus corceles sin silla:

Et gens, quum nudo residens Massylia dorso,  
Ora levi flectit, frænorum nescia, virga <sup>1</sup>.  
Et Numidæ infræni cingunt <sup>2</sup>.

*Equi sine frænis; deformis ipse cursus, rigida cervice, et extento capite currentium* <sup>3</sup>. El rey Alfonso XI de España, fundador de la Orden de los Caballeros de la Banda <sup>4</sup>, estableció entre otras ordenanzas la de que no

un dardo ó una bala de plomo (lanzada con la honda) penetran en sus cuerpos dejando un agujero casi imperceptible, llenos de furia por perecer por una causa tan ligera, se arrastran por la tierra llenos de vergüenza y de rabia. TITO LIVIO, XXXVIII, 21.

1. Los masilianos montan sus caballos en pelo, y los dirigen con una simple vara que hace las veces de riendas y freno. LUCANO, IV, 682.

2. Y los numidas gobiernan sus caballos sin freno. VIRGILIO, *Eneida*, IV, 41.

3. Sus caballos sin freno son deformes, tienen el cuello rígido y la cabeza extendida hacia delante. TITO LIVIO, XXXV, 11.

4. «Llamóse así por ser su particular divisa una banda roja ó faja carmesí de cuatro dedos de ancho, que traían los caballeros de esta orden sobre el hombro derecho, desde donde pasaba cruzando por espalda y pecho al lado izquierdo. » Dic. de la Acad. Esp. septima edic.

se montase mula ni macho, bajo la pena de un marco de plata de multa, según leo en las cartas de Guevara, á las cuales los que llamaron doradas hacian de ellas un juicio bien diferente del mío. En *El Cortesano*, de Castiglione, se dice que antes de la época en que fué escrito el libro constituía una falta para un gentilhomme cabalgar sobre una mula. Los abisinios, por el contrario, á medida que por su rango se acercan más al Preste Juan, su soberano, tienen á dignidad y pompa el montar una de grande alzada.

Refiere Jenofonte que los asirios tenían siempre trabados sus caballos en sus casas, á tal punto eran fogosos y salvajes de temperamento; y que era tanto el tiempo que necesitaban para desatarlos y ponerlos los arneses, que para que el que empleaban en la operación no les acarreará perjuicios caso de que el enemigo los cogiera desprevenidos, jamás ocupaban campo que no estuviera defendido y rodeado de fosos. Su rey Ciro, tan gran maestro en cosas de caballería, gobernaba los caballos de su cuadra, y no consentía que les dieran el pienso si antes no habían ejecutado un ejercicio rudo. Los escitas, donde quiera que la necesidad los empujara á la guerra, sangraban á los suyos y empleaban la sangre como alimento:

Veni et opoto Sarmata pastus equo <sup>1</sup>.

Los habitantes de Creta, sitiados por Metelo, se vieron en carencia tal de ninguna otra bebida, que tuvieron que servirse de la orina de sus caballos para aplacar su sed.

Para probar que los ejércitos turcos se mantienen y conducen mejor disciplinados que los nuestros, dicese, que, aparte de que los soldados no beben más que agua, ni comen más que arroz y carne salada reducida á polvo, de la cual cada uno lleva encima fácilmente su provisión para un mes, saben también mantenerse en caso necesario, con la carne y la sangre de sus caballos, que adoban de antemano, como los tártaros y los moscovitas.

Esos pueblos nuevos de la India creyeron, cuando los españoles llegaron allí, que así los hombres como sus caballos eran dioses ó seres cuya nobleza sobrepasaba la suya; algunos, después de haber sido vencidos, solicitaban la paz y el perdón, ofrecíanles oro y viandas, y otro tanto hacian con los caballos, cuyos relinchos tomaban por lenguaje de conciliación y tregua.

En las Indias Orientales era en lo antiguo el honor más principal y regio cabalgar sobre un elefante; el segundo, ir en coche arrastrado por cuatro caballos; el tercero, montar un camello, y el último honor y categoría consistía en ser llevado en un caballo ó en una carreta ti-

<sup>1</sup>. Allí viven los sármatas, que se alimentan con sangre de caballo. MARCIAL, *Spectacul. Lib.*, epigr. 3, v. 4.

rada por un solo corcel. Un escritor de nuestro tiempo dice haber visto en esos climas regiones en que se montan bueyes con albarda, estribos y bridas, y añade que no se va mal en semejante cabalgadura.

Quinto Fabio Máximo Rutiliano, en la guerra contra los sannites, viendo que sus gentes de á caballo á la tercera ó cuarta carga habian casi deshecho al enemigo, tomó la determinación de que los soldados soltaran las bridas de sus corceles y cargaran á toda fuerza de espuela; de suerte que, no pudiéndolos detener ningún obstáculo al través del ejército enemigo, cuyos soldados estaban tendidos por tierra, abrieron paso á la infantería, que completó la sangrienta derrota. Igual conducta siguió Quinto Fulvio Flaco contra los celtiberos: *Id eum majore vi eorum facietis, si effrenatos in hostes equos immittitis; quod saepe romanos equites cum laude fecisse sua, memoriae proditum est... Detrahisque frenis, bis ultro citroque cum magna strage hostium, infractis omnibus hastis, transcurrerunt* <sup>1</sup>.

El duque de Moscovia cumplía en lo antiguo la siguiente ceremonia con los tártaros, cuando éstos le enviaban sus embajadores: saliales al encuentro á pie y les presentaba un vaso de leche de yegua, bebida que aquéllos gustaban con delicias; si al beberla caía alguna gota en las crines de los caballos, el duque tenía la obligación de pasar la lengua por ella. El ejército que el emperador Bayaceto envió á Rusia, fué destrozado por una tan furiosa nevada, que, muchos soldados para ponerse á cubierto y preservarse del frío, mataron y destriparon sus caballos y se metieron dentro de los cuerpos gozando así del calor vital. Bayaceto después de tan terrible fracaso en que fué destrozado por Tamerlán, escapó á toda prisa montado en una yegua árabe, y hubiéralo conseguido de no haberse visto obligado á dejarla beber cuanto quiso á su paso por un arroyo, lo cual la hizo enflaquecer y enfriarse tanto, que fué atrapado por sus perseguidores. Dicese que los caballos se acobardan dejándoles orinar, pero á éste dejándole beber hubiera creído más bien que se refrescara y fortaleciera.

Al atravesar Creso la ciudad de Sardes, encontró un prado en que habia gran cantidad de serpientes que sus caballos comieron con apetito excelente, lo cual fué de mal augurio para sus empresas, según refiere Herodoto. Llamamos caballo entero al que tiene las demás partes tan cabales como la crin y las orejas. Habiendo los lacedemonios derrotado á los atenienses en Sicilia, regresaron triun-

<sup>1</sup>. Para que el choque sea más impetuoso, dice, soltad la brida de vuestros corceles; es una maniobra cuyo éxito honró muchas veces á la caballería romana... Apenas la orden es oída desenfrenan sus caballos, hieden las tropas enemigas, rompen todas las lanzas, vuelven sobre sus pasos y llevan á cabo una terrible carnicería. TRIO LIVIO, XL, 44.

falmente á la ciudad de Siracusa, y entre otras fanfarro-nadas que hicieron esquilaron los caballos de sus enemigos llevándolos así pomposamente. Alejandro guerreó contra un pueblo que se llamaba *Dahas*, en el cual dos soldados montaban un mismo corcel, pero cuando llegaba la hora de la lucha, uno de ellos echaba pie á tierra y combatían ya á pie, ya á caballo ambos soldados.

No creo que ninguna nación nos aventaje en el acertado manejo de este animal. Entre nosotros se llama buen jinete aquel que despliega menos acierto que arrojito. El más competente, el más seguro, el caballero más diestro que he conocido en el manejo del caballo fué el señor Carnavalet, que estuvo al servicio de nuestro monarca Enrique II. He visto á un hombre correr á galope sobre un caballo, puesto de pie en la silla, desmontar ésta, volverla á colocar y sentarse de nuevo, llevando siempre el corcel á todo galope; saltar sobre un objeto cualquiera, disparar de espaldas su arco, recoger del suelo cuanto quería, echando un pie á tierra y sosteniéndose con el otro en el estribo, y hacer otra porción de monerías con las cuales se ganaba la vida.

En mi tiempo se han visto en Constantinopla dos hombres puestos sobre el mismo caballo, los cuales en lo más impetuoso de la carrera se arrojaban al suelo alternativamente, y luego volvían á montar; otro que con sólo los dientes enjaezaba el suyo; otro que, colocado entre dos caballos, y un pie en cada silla, sostenía á un hombre en sus brazos y picaba espuela á toda brida; el segundo, puesto luego de pie sobre el primero, hacía blancos certeros con su arco; varios que, con las piernas en lo alto, la cabeza puesta en la silla entre las puntas de dos alfanges sujetos al arnés, se sostenían sobre el caballo á la carrera. En mi infancia, el príncipe de Sulmona, en Nápoles, manejaba un caballo entero en toda suerte de ejercicios, teniendo entre el cuerpo del animal y sus rodillas, y lo mismo entre el estribo y los pulgares de sus pies dos piecitas de plata, cual si hubieran estado clavadas, para mostrar la firmeza con que se mantenía sobre el corcel.

## CAPÍTULO XLIX

### DE LAS COSTUMBRES ANTIGUAS

De buen grado excusaría á nuestro pueblo el no tener otro patrón ni regla de perfección que sus propios usos y costumbres, pues es defecto común, no solamente del vulgo sino de casi todos los hombres, el acomodarse para siempre al género de vida en que han sido educados. No me descontenta que el pueblo se sorprenda cuando vea á Fabricio y á Lelio, ni que encuentre su continente y porte bárba-

ros, puesto que no están ni vestidos ni de acuerdo con nuestra moda; pero lamento la facilidad deplorable con que el mismo pueblo se deja engañar y cegar por la autoridad del uso actual; de que á diario cambie de opinión y parecer, si así place á la costumbre, y de que tan veleidoso sea por sí mismo. Cuando se usaba llevar la ballena del corpiño entre los pechos, mantenía esta costumbre con vivos argumentos, creía que estaba en lo justo; años después la ballena descendié hasta los muslos, y el mismo pueblo se burla de su antigua moda, y la en cuenta inútil é insoportable. La del día le ha hecho en seguida condenar la antigua con una resolución tan grande y tan general consentimiento, que no parece sino manía lo que de tal modo le trastorna el entendimiento. Nuestro cambio es tan súbito y tan presto en esto de las modas, que las invenciones de todos los sastres del mundo no bastarían á procurarnos novedades; fuerza es que las desechadas adquieran luego crédito de nuevo y las aceptadas se desdeñen poco tiempo después; y que una misma opinión adquiera en el trascurso de quince ó veinte años dos ó tres formas no ya sólo diversas, sino contrarias, merced á nuestra ligereza é inconstancia increíbles. Nadie hay entre nosotros, por lince que sea, que no se deje embaucar y desvanecer por tal contradicción, así los ojos del alma como los del cuerpo, insensiblemente y como sin darse cuenta.

Quiero traer aquí á cuento algunas modas antiguas que recuerdo, las unas semejantes á las nuestras, las otras diferentes, á fin de que poniendo á la vista esta continua mudanza de las cosas humanas, tengamos el juicio más despejado y menos volandero.

El combate que nosotros llamamos de capa y espada, usábase ya entre los romanos, tal por lo menos asegura César: *Sinistras sagis involunt, gladiosque distringunt*<sup>1</sup>: y advierte también en nuestro pueblo el vicio, que existe aun hoy, de detener á los que encontramos en nuestro camino y obligarlos á que nos digan quienes son, tomando á injuria y ocasión de querrela, el que se nieguen á respondernos.

En los baños, que los antiguos tomaban todos los días antes de la comida, y de los cuales se servían con igual frecuencia que nosotros nos lavamos las manos, en los comienzos sólo se remojaban los brazos y las piernas; mas después (la costumbre ha durado varios siglos en la mayor parte de las naciones del mundo), se bañaban completamente desnudos con agua en que echaban diversas mixturas y perfumes, de tal suerte que consideraban como ejemplo de morigeración el bañarse con agua pura. Los más delicados perfumábanse todo el cuerpo tres ó cuatro veces al

1. Envuelven la mano izquierda con la tela de su túnica y desenvainan la espada. CÉSAR, *de Bello civili*, 75.

dia. Arrancábanse el pelo del cutis con pinzas, como las mujeres francesas hacen de algún tiempo acá con los de la frente,

Quod pectus, quod crura tibi, quod brachia vellis <sup>1</sup>,

aunque poseían unguentos propios para este efecto :

Psilothro nitet, aut acida latet oblita creta <sup>2</sup>.

Gustaban tenderse en el lecho, que era muy blando, y consideraban como sacrificio el acostarse en colchones. Comían en la cama adoptando una postura análoga á la de los turcos en el día :

Inde toro pater Æneas sic orsus ab alto <sup>3</sup>.

Cuéntase de Catón el joven, que después de la batalla de Farsalia, hallándose apenado por el mal estado de los negocios públicos, comió siempre sentado, adoptando un género de vida austero. Besaban las manos á los grandes para honrarlos y acatarlos. Entre amigos besábanse al saludarse como los venecianos,

Gratatusque darem cum dulcibus oscula verbis <sup>4</sup>;

y se tocaban las rodillas para reverenciar y mostrar á los grandes pleito homenaje. Pasicles el filósofo, hermano de Crates, en lugar de poner su mano en la rodilla llevóla á los órganos genitales; la persona á quien saludaba habiéndole rechazado violentamente, Pasicles repuso: ¿Cómo! ¿esa parte no es tan vuestra como la otra? Comían como nosotros la fruta al fin de la comida. Se limpiaban el culo (dejemos para las mujeres los vanos miramientos de las palabras) con una esponja, por eso este vocablo es obsceno en latín; la esponja estaba sujeta al extremo de un palo, como atestigua la historia de un hombre á quien conducían á ser presentado á las fieras ante el pueblo, el cual pidió permiso para hacer sus menesteres, y no teniendo otro medio de quitarse la vida, se la metió junta con el palo por la garganta, y se ahogó. Secábanse el miembro con lana perfumada cuando habían hecho uso de él :

At tibi nil faciam; sed lota mentula lana <sup>5</sup>.

Había en las encrucijadas de Roma recipientes y tinas para aliviar las necesidades urgentes de los transeuntes:

1. Te arrancas el vello del pecho, de las piernas y de los brazos. MARCIAL, II, 62, 4.

2. Unta su cutis con unguentos depilatorios, ó la cubre con tiza reblandecida en vinagre. MARCIAL, VI, 93, 9.

3. Entonces Eneas, desde lo alto del lecho en que estaba acostado, habló así. VIRGILIO, *Eneida*, II, 2.

4. Te besaré al felicitarte en los términos más cordiales.

5. Las palabras anteriores explican este verso. MARCIAL, II, 38, 11.

Pusi sæpe lacum propter, se, ac dolia curta,  
Somno devincti, credant extollere vestem <sup>1</sup>.

Tomaban algo de reparo entre las comidas. En verano había vendedores de nieve para refrescar el vino, y algunos la empleaban también en invierno, no encontrando aquella bebida suficientemente fresca. Los grandes disponían de trinchantes y escanciadores para el gobierno de la mesa y de bufones para su regocijo. En invierno se servían las carnes puestas sobre hornillos, que se colocaban en las mesas; tenían cocinas portátiles; yo he visto algunas, en las cuales podía trasladarse de lugar todo el servicio :

Has vobis epulas habete, lautí:  
Nos offendimur ambulante cœna <sup>2</sup>.

En verano dejaban correr el agua fresca y clara en las habitaciones de planta baja, en canales donde había gran cantidad de peces vivos, que los concurrentes escogían y tomaban con la mano para aderezarlos cada cual á su gusto. El pescado ha tenido siempre el privilegio, y lo tiene todavía, de que los grandes se vanaglorien de saber condimentarlo: su salsa es preferible á la de la carne, al menos para mi paladar. En toda suerte de magnificencia, exquisitez y voluptuosas invenciones de molicie y suntuosidad, nosotros hacemos cuanto nos es dable para igualar á los antiguos, pues nuestra voluntad está tan viciada como la suya, aunque nuestros medios no la alcancen; ni siquiera son capaces nuestras fuerzas de igualarlos en sus vicios, y mucho menos en sus virtudes, pues los unos y las otras emanan del vigor de espíritu, el cual era, sin ponderación, mucho más grande en aquellos hombres que en nosotros; y las almas, á medida que son menos fuertes, cuentan con menos medios para realizar en grande el bien y para ejecutar el mal en la misma proporción.

El lugar más honroso entre ellos era el del medio. El anterior y el posterior no tenían ni al escribir ni al hablar significación alguna de categoría, como se ve de un modo evidente por sus escritos: lo mismo decían Opio y César que César y Opio; lo mismo yo y tú que tú y yo. Por esta razón he advertido en la vida de Flaminio del Plutarco de Amyot, un pasaje en que éste, hablando del celo por la gloria que existía entre etolianos y romanos, por saber á quién pertenecía la honra de una batalla que habían ganado juntos, se fije en que en las canciones griegas figurasen los etolios antes que los romanos, si es que no hay doble sentido en las palabras francesas.

Aunque las damas se encontrasen en el baño, no tenían

1. Los niños dormidos creen á veces levantarse el vestido para hacer aguas en los recipientes públicos, destinados á este efecto. LUCRECIO, IV, 1024.

2. Ricos voluptuosos, guardad para vosotros esos platos; soy enemigo de las cocinas ambulantes. MARCIAL, VII, 48.

inconveniente en hablar con los hombres, y allí mismo recibían de manos de sus criados unturas y fricciones:

Inguina succinctus nigra tibi servus aluta  
Stat, quoties calidis nuda foveris aquis <sup>1</sup>.

También usaban polvos para reprimir el sudor.

Los primitivos galos, dice Sidonio Apolinario, llevaban el pelo largo por delante, y el de la nuca lo tenían cortado: igual uso que el recientemente puesto en vigor por las costumbres afeminadas y muelles de nuestro siglo.

Pagaban los romanos el importe del pasaje á los bateleiros al entrar en el barco; nosotros no los pagamos hasta llegar al punto de destino:

Dum aēs exigitur, dum mula ligatur,  
Tota abit hora <sup>2</sup>.

Las mujeres se acostaban en la cama del lado de la pared, por eso se llamaba á César *spondam regis Nicomedis* <sup>3</sup>. Tomaban aliento al beber y bautizaban el vino:

Quis puer ocios  
Restinguet ardentis falerni  
Pocula prætereunte lympha <sup>4</sup>?

Los lacayos empleaban ya sus acostumbradas truhanerías.

O Jane! a tergo quem nulla ciconia pinsit,  
Nec manus aurículas imitata est mobilis albas,  
Nec linguæ, quantum sitiatis canis Appula tantum <sup>5</sup>.

Las damas argianas y las romanas usaban el luto blanco, como las nuestras en lo antiguo, y como debiera hacerse hoy, si mi dictamen se siguiera. Pero hagamos aquí punto, pues hay libros enteros que no tratan de otra cosa.

## CAPÍTULO L

### DE DEMÓCRITO Y HERÁCLITO

Es el juicio un instrumento necesario en el examen toda clase de asuntos, por eso yo lo ejercito en toda ocasión en estos *Ensayos*. Si se trata de una materia que no entien-

1. Un esclavo cuyo cuerpo ciñe un delantal de badana negra, está junto á ti y se mantiene en pie para servirte cuando desnuda tomas un baño caliente. MARCIAL, VII, 33, 1.

2. Una hora entera transcurre mientras se engancha la mula y pagan los pasajeros. HORACIO, *Sat.*, I, 5, 13.

3. La callejuela del rey Nicomedes. Suetonio, *Vida de César*, c. 49.

4. Esclavos, daos prisa de refrescar el ardor de ese vino de Falerno con el agua de esa fuente que corre cerca de nosotros. HORACIO, *Od.*, II, 11, 18.

5. ¡Oh Jane! Guardáronse mucho de mostrarte por la espalda cuernos y orejas de asno; y también de enseñarte la lengua como pudiera hacerlo un perro de la Apulia cuando le acomete la sed: tenías dos semblantes. PERSIO, *Sat.*, I, 53.

do, con mayor razón empleo en ella mi discernimiento, sondeando el vado de muy lejos; luego, si lo encuentro demasiado profundo para mi estatura, me detengo en la orilla. El convencimiento de no poder ir más allá es un signo del valor del juicio, y de los de mayor consideración. A veces imagino dar cuerpo á un asunto baladí é insignificante, buscando en qué apoyarlo y consolidarlo; otras, mis reflexiones pasan de un asunto noble y discutido en que nada nuevo puede hallarse, puesto que el camino está tan trillado, que no hay más recurso que seguir la pista que otros recorrieron. En los primeros el juicio se encuentra como á sus anchas, escoge el camino que mejor se le antoja, y entre mil senderos delibera que éste ó aquél son los más convenientes. Elijo de preferencia el primer argumento; todos para mí son igualmente buenos, y nunca formo el designio de agotar los asuntos, pues ninguno se ofrece por entero á mi consideración: no declaran otro tanto los que nos prometen tratar todos los aspectos de las cosas. De cien carices que cada una ofrece, escojo uno, ya para acariciarlo solamente, ya para desflorarle, á veces para penetrar hasta la médula; reflexiono sobre las cosas, no con amplitud, sino con toda la profundidad de que soy capaz, y las más de las veces tiendo á examinarlas por el lado más inusitado que ofrecen. Aventurariame á tratar á fondo de alguna materia si me conociera menos y tuviera una idea errónea de mi valer. Desparramando aquí una frase, allá otra, como partes separadas del conjunto, desviadas, sin designio ni plan, no estoy obligado á ser perfecto ni á concentrarme en una sola materia; vario cuando bien me place, entregándome á la duda y á la incertidumbre, y á mi manera habitual, que es la ignorancia.

Todo movimiento de nuestra alma nos denuncia; la de César, que se deja ver cuando dirige y ordena la batalla de Farsalia, muéstrase también cuando la ocupan sus recreos y sus amores. Júzgase del valer de un caballo, no sólo al verle correr sobre la pista, sino también cuando marcha al paso y hasta cuando reposa en la caballeriza.

Entre las distintas funciones del alma, las hay bajas y mezquinas; quien en el ejercicio de ellas no la considera y examina, dejará de conocerla por entero. Á veces mejor se la profundiza en sus acciones simples, porque el impetu de las pasiones la agita y lleva á sus más elevados movimientos; únase á esto que nuestra alma se emplea por entero en cada una de nuestras acciones y que nunca la ocupa más de una sola cosa á la vez y en ella pone todo el ser de cada individuo. Consideradas las cosas en sí mismas, acaso tengan su peso, medida y condición, pero desde el instante en que se relacionan con nosotros, el alma las acomoda á su manera de ser. La muerte, que á Cicerón estremece, Catón la desea, y es indiferente para Sócrates. La salud, la

conciencia, la autoridad, la ciencia, las riquezas, la belleza y sus contrarios, se despojan, recibiendo del alma, al entrar en ella, nueva vestidura, y adoptando el matiz que la place: moreno, claro, verde, obscuro, agrio, dulce, profundo, superficial, el que más en armonía está con las distintas almas, pues éstas no pusieron de acuerdo sus estilos, reglas y formas; cada una es en su estado soberana. ¿Por qué no nos fundamentamos más en nuestros juicios, en las cualidades externas de las cosas? En nosotros estriba darnos cuenta de ellas. Nuestro bien y nuestro mal no dependen sino de nosotros. Hagámonos donación á nosotros mismos de nuestras ofrendas y deseos, en manera alguna á la fortuna; ésta es impotente contra el poderío de nuestra vida moral, pues la arrastra consigo y la moldea á su forma. ¿Por qué no he de juzgar yo de Alejandro cuando se encuentra en la mesa, conversando y bebiendo á saciedad, ó cuando juega á las damas? ¿Qué cuerda de su espíritu deja de poner en actividad este juego necio y pueril? yo le odio y le huyo porque no es tal juego, porque nos preocupa de un modo demasiado serio, y porque me avergüenzo de fijar en él la atención, que, empleada de otro modo, bastaría á hacer algo que valiera la pena. No se tomó mayor trabajo para organizar su expedición gloriosa á las Indias; ni ningún otro el que se propone resolver una cuestión de la cual depende la salvación del género humano. Ved cómo nuestra alma abulta y engrandece aquella diversión ridícula; ved cómo absorbe todas sus facultades; con cuánta amplitud proporciona á cada uno los medios de conocerse y de juzgar rectamente de sí mismo. Yo no me veo ni me examino nunca de una manera más cabal que cuando juego á las damas: ¿qué pasión no saca á la superficie ese juego? la cólera, el despecho, el odio, la impaciencia; una ambición vehemente de salir victorioso, allí donde sería más natural salir vencido, pues la primacía singular por cima del común de las gentes no dice bien en un hombre de honor tratándose de cosas frívolas. Y lo que digo en este ejemplo puede amplificarse á todos los demás; cada ocupación en que el hombre se emplea, acusa y descubre sus cualidades por entero.

Demócrito y Heráclito eran dos filósofos, de los cuales el primero, encontrando vana y ridícula la humana naturaleza, se presentaba ante el público con rostro burlón y risueño. Heráclito, sintiendo compasión y piedad por nuestra misma naturaleza, estaba constantemente triste y tenía sus ojos bañados de lágrimas:

Alter  
ridebat, quoties a limine moverat unum  
Protuleratque pedem; flebat contrarius alter <sup>1</sup>.

1. En cuanto ponían los pies fuera de su casa, el uno reía y el otro lloraba. JUVENAL, *Sát.*, X, 28.

Yo me inclino mejor á la actitud del primer filósofo, no porque sea más agradable reír que llorar, sino porque lo primero supone mayor menosprecio que lo segundo; y creo que dado lo poco de nuestro valer, jamás el desdén igualara lo desdenado. La conmiseración y la queja implican alguna estimación de la cosa que se lamenta; al contrario acontece con aquello de que nos burlamos, á lo cual no concedemos valor ni importancia alguna. En el hombre hay menos maldad que vanidad; menos malicia que estupidez: no estamos tan afligidos por el mal como provistos de nulidad; no somos tan dignos de lástima como de desdén. Así Diógenes, que bromeaba consigo mismo dentro de su tonel, y que se burlaba hasta del gran Alejandro, como nos tenía en el concepto de moscas ó de vejigas infladas, era juez más desabrido é implacable, y por consiguiente más diestro á mi manera de ver, que Timón, el que recibió por sobrenombre el aborrecedor del género humano, pues aquello que odiamos es porque nos interesa todavía. Timón nos deseaba el mal, se apasionaba con ansia por nuestra ruina, y oía nuestra conversación como cosa dañosa, por creernos depravados y perversos. Demócrito considerábanos tan poca cosa, que jamás podríamos ni ponerle de mal humor ni modificarle con nuestro contagio; abandonaba nuestra compañía, no por temor, sino por desdén hacia nuestro trato. Ni siquiera nos creía capaces de practicar el bien ni de perpetrar el mal.

De igual parecer fué Statilio contestando á Bruto, que le invitaba á tomar parte en la conspiración contra César. Bien que creyera la empresa justa, entendía que no valía la pena molestarse por los hombres; que éstos no eran dignos de tanto, conforme á la doctrina de Hegesias, el cual decía: «El filósofo no debe hacer nada por los demás, sólo por sí mismo debe interesarse; solo él es digno de que hagan algo por él.» Aquella respuesta está también de acuerdo con la opinión de Teodoro, quien estimaba injusto que el hombre perfecto corriera ningún riesgo por el bien de su país, puesto que de correrlo se expone á perder la filosofía en beneficio de la locura. Nuestra propia y peculiar condición es tan risible como ridícula.

## CAPÍTULO LI

### DE LA VANIDAD DE LAS PALABRAS

Decía un antiguo retórico que su oficio consistía «en abultar las cosas haciendo ver grandes las que son pequeñas»; algo así como un zapatero que acomodara unos zapatos grandes á un pie chico. En Esparta hubieran azotado al tal retórico por profesar un arte tan artificial y

embustero. Arquidamo, rey de aquel Estado, oyó con extrañeza grande la respuesta de Tucídides al informarle de quién era más fuerte en la lucha, si Pericles ó él: « Eso, dijo el historiador, no es fácil de saber, pues cuando yo le derribo por tierra en la pelea, convence á los que le han visto caer de que no ha habido tal cosa. » Los que disfrazan y adoban á las mujeres son menos dañosos que los retóricos, porque al cabo no es cosa de gran monta dejar de verlas al natural, mientras que aquéllos tienen por oficio engañar no á nuestros ojos, sino á nuestra razón, bastardeando y estropeando la esencia de la verdad. Las repúblicas que se mantuvieron mejor gobernadas, como las de Creta y Lacedemonia, hicieron poco mérito de los oradores. Aristón define cuerda-mente la retórica: « Ciencia para persuadir al pueblo. » Sócrates y Platón la llamaban: « Arte de engañar y adular; » los que niegan que esa sea su esencia, corroboranlo luego en sus preceptos. Al prescindir los mahometanos de la instrucción para sus hijos por considerarla inútil, y al reflexionar los atenienses que la influencia de la misma, que era omnimoda en su ciudad, resultaba perniciosa, ordenaron la supresión de la parte principal de la retórica, que es mover los afectos del ánimo: juntamente exordios y peroraciones. Es un instrumento inventado para agitar y manejar las turbas indómitas y los pueblos alborotados, que no se aplica más que á los Estados enfermos, como un medicamento; en aquellos en que el vulgo ó los ignorantes tuvieron todo el poderío como en Atenas, Rodas y Roma; donde los negocios públicos estuvieron en perpetua tormenta, allí afluyeron los oradores. Muy pocos personajes se ven en esas otras repúblicas que gozaran de gran crédito sin el auxilio de la elocuencia. Pompeyo, César, Craso, Luculo, Lentulo y Metelo, encontraron en ella su supremo apoyo para procurarse la autoridad y grandeza que alcanzaron; más se sirvieron de la palabra que de las armas; lo contrario aconteció en tiempos más florecientes, pues hablando al pueblo L. Volumnio en favor de la elección consular de Q. Fabio y P. Decio, decía: « Ambos son hombres nacidos para la guerra, grandes para la acción; desacertados en la charla oratoria; espíritus verdaderamente consulares por todas sus cualidades; los que son sutiles, elocuentes y sabios, no son aptos sino para la ciudad, para administrar justicia en calidad de pretores. » La elocuencia floreció más en Roma cuando el estado de los negocios públicos fué peor; cuando la tempestad de las guerras civiles agitaba á la nación: del propio modo un campo que no se ha roturado se cubre de más frondosos matorrales. Parece desprenderse de aquí que los gobiernos que dependen de un monarca han menester menos de la elocuencia que los otros, pues la torpeza y docilidad de la generalidad, impeliéndola á ser manejada y moldeada por el oído al dulce son de aquella música, sin que pueda

*a Volumnio,  
en el decodeno,  
cic*

pesar ni conocer la verdad de las cosas por la fuerza de la razón, no se encuentra fácilmente en un solo hombre, siendo más viable librar al pueblo por el buen gobierno y el buen consejo de la impresión de aquel veneno. Macedonia y Persia no produjeron ningún orador de renombre.

Todo lo que precede me ha sido sugerido por un italiano, con quien acabo de hablar, que sirvió de maestresala al cardenal Caraffa, hasta la muerte del prelado; me ha referido aquél los deberes de su cargo, endilgándome un discurso sobre la ciencia de la bucólica con gravedad y continente magistrales, lo mismo que si me hubiese hablado de alguna grave cuestión teológica; me ha enumerado menudamente la diferencia de apetitos: el que se siente cuando se está en ayunas; el que se experimenta al segundo ó tercer plato; los medios que existen para satisfacerlo ligeramente ó para despertarlo y aguzarlo; la técnica de sus salsas, primero en general, luego particularizando las cualidades de cada una; los ingredientes que las forman y los efectos que producen en el paladar y en el estómago; la diferencia de verduras conforme á las estaciones del año: cuáles han de servirse calientes y cuáles deben comerse frías, y la manera de presentarlas para que sean más gratas á la vista. Después de este discurso me ha hablado del orden con que deben servirse los platos en la mesa, y sus reflexiones abundaban en puntos de vista muy importantes y elevados:

Nec minimo sane discrimine refert,  
Quo gestu lepores, et quo gallina secetur<sup>1</sup>;

todo ello inflado con palabras magníficas y ricas, las mismas que se emplean cuando se habla del gobierno de un imperio. Tratándose de elocuencia he creído oportuno traer á colación á mi hombre:

Hoc salsum est, hoc adustum est, hoc lautum est parum:  
Illud recte; iterum sic memento: sedulo  
Moneo, quæ possum, pro mea sapientia.  
Postremo, tamquam in speculum, in patinas, Demca,  
Inspicere jubeo, et moneo, quid facto usus sit<sup>2</sup>.

Los griegos mismos alabaron grandemente la disposición y el orden que Paulo Emilio observó en un banquete que dió en honor de aquéllos cuando volvieron de Macedonia. Pero no hablo aquí de los efectos; hablo sólo de las palabras.

Yo no sé si á los demás les sucede lo que á mí; yo no puedo precaverme, cuando oigo á nuestros arquitectos in-

1. No es una cosa baladí el modo de componérselas para trinchar una liebre ó una gallina. JUVENAL, *Sat.*, v. 123.

2. Eso está muy salado, esto quemado; eso no tiene el gusto bastante fuerte, eso sabe muy bien: acordaos de prepararlo lo mismo en otra ocasión. Los doy los mejores consejos que se me alcanzan, según mis modestas luces. En fin, Demea, los invité á mirarse en la vajilla como en un espejo, y los enseñé todo cuanto de bueno tienen que hacer. TERCENCIO, *Adelfos*, acto III, v. 71.